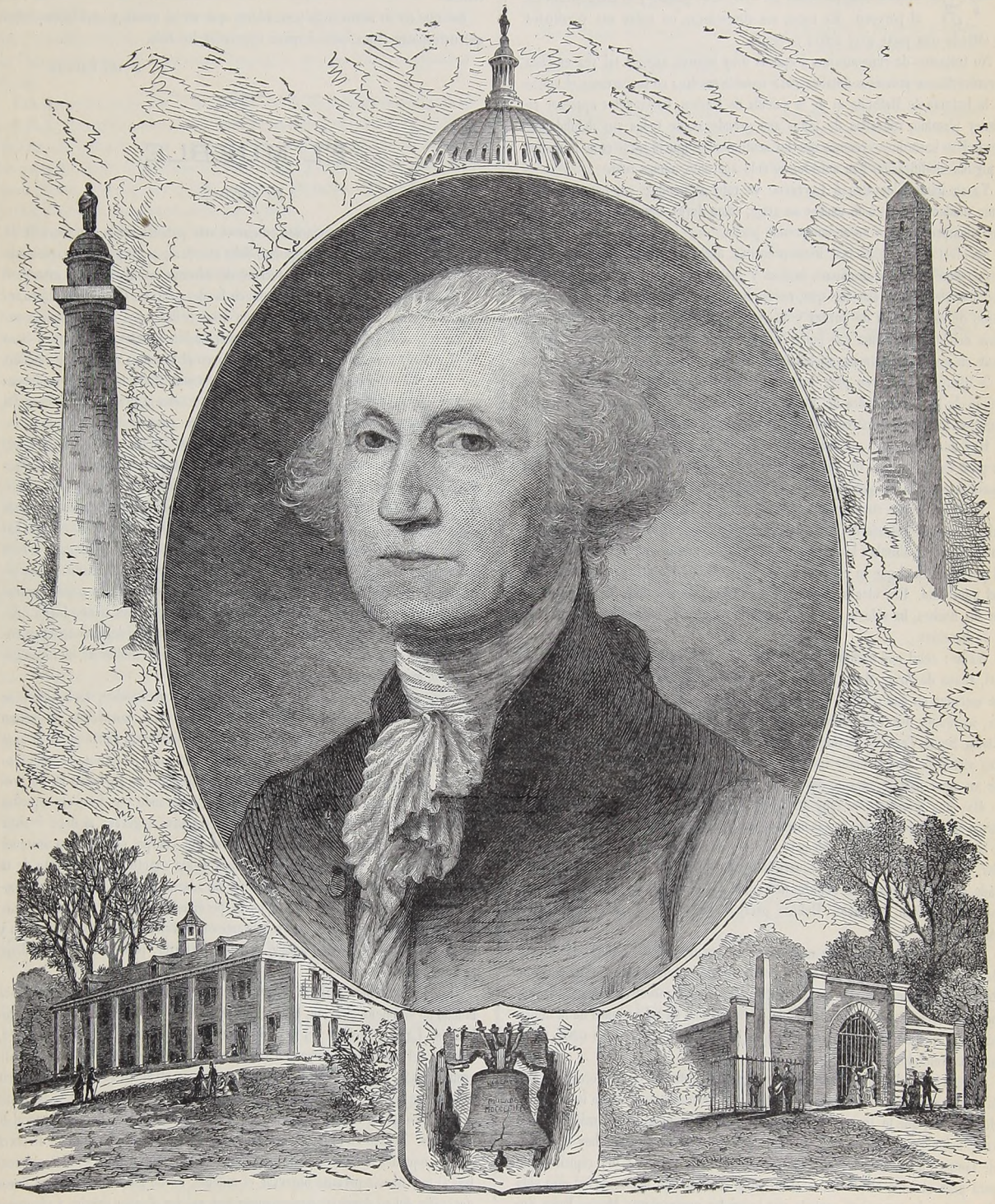
# EL ALBUM DE LA MUJER

ILUSTRACION HISPANO-AMERICANA.

DIRECTORA PROPIETARIA, CONCEPCION GIMENO DE FLAQUER

TOMO VIII. MEXICO, 20 de Febrero de 1887. NUM. 8.



**Jorge Washington** (En el aniversario de su nacimiento)

# LA MUJER.

(BOSQUEJO.)

La humanidad ha pasado y le restan todavía que pasar dolorosos dias de prueba. En ese eterno combate de ideas que nacen y preocupaciones que mueren; en ese océano de pasiones encontradas, de sucesos imprevistos, de dudas y creencias, de grandes sueños y de mezquinas realidades, se agita constantemente el espíritu humano, ansiando siempre la luz, siempre en busca de lo desconocido, poniendo los ojos en el pasado y la imaginación en el porvenir. En todas sus alternativas, en todas sus vicisitudes ha tomado una parte muy activa la mujer.

No tratamos de remontarnos á épocas muy lejanas, aunque tal vez en ellas encontraríamos prociosos detalles para nuestro cuadro: no turbaremos el sueño de la heroína de Bethulia ni de la suicida de Lesbos, haciéndolas aparecer en primer término, rodeadas de todas sus grandezas, de todas sus debilidades. Desde Eva hasta hoy, creemos que los sentimientos, que el carácter de la mujer, si alguna modificación han sufrido, ha sido aparente, nunca real.

Ya se llame Cleopatra ó Lucrecia; ya robe al hombre sus pensamientos, como madama Staël, ó le usurpe su traje, como Jorge Sand, la mujer se adivina siempre, aunque no se comprende jamás.

En efecto, ¿hay algo más incomprensible, algo más misterioso que ese sér, mezcla confusa de aspiraciones buenas y malas, de generosos impulsos y de triviales afecciones; ese sér que, revestido de las galas de la hermosura, rodeado de esa aureola de pureza y de encanto que ha ceñido á su sien el desvarío del hombre, forma una parte la más considerable y más considerada sin duda en nuestras modernas sociedades? Sér que nace esclavo y cobra tributos á la libertad; que cree para hacer nuestras horas dulces y serenas, y es el origen de las tempestades del alma; que muere al fin, llevándose á la tumba nuestras ilusiones, nuestros delirios, acaso nuestra felicidad.

Hay una edad, dice un distinguido escritor, en que el corazón de la mujer es puro como un vaso de agua cristalina; el hombre llega, y el aliento de sus pasiones empaña el agua, que no vuelve á purificarse desde entonces.

Y así es: existe siempre una idea fija, un instinto, por decirlo así, que es el árbitro de los destinos de la mujer; ese instinto que brilla en el crepúsculo de su mañana que alumbra los horizontes de su vida, que le muestra en lontananza el porvenir, es el que la conduce al ara de la dicha, ó la arrastra á los abismos del infortunio. Esa idea alimentada por la calma de sus dias, por el insomnio de sus noches, ha sido la que ha llenado los anales de su historia de mártires y de heroínas.

Vedle: débil por naturaleza, nos presenta para desmentirnos á María Coronel, Juana de Arco, María de Padilla; tímida por reflexión, no se avergüenza de ostentar en sus páginas los nombres de Judith, Dalila, Margarita de Borgoña; incrédula por costumbre, se enorgullece aún con los recuerdos de Safo, Eloisa, Santa Teresa. Víctimas unas de pasiones mundanas; esclavas otras de una virtud de la que nadie les pedía cuentas; sujeta la última á la atracción de un amor infinito, eterno, porque no era humano.

Hay una preocupación muy arraigada respecto á la educación de la mujer: desde sus primeros años, y en nuestro país más que en ninguno otro, se educa á la mujer para que brille, no para que piense; se le enseña el arte de agradar, no el arte de vivir; y ya conseguido este objeto, se la arroja al mundo alzada sobre el pavés de la belleza, defendida con el escudo de la virtud, armada con la seducción del amor. Belleza pasajera, virtud egoista, amor mentido ó interesado.

Y no es ésto decir que la mujer no obra por inspiración propia: no es ésto decir que su imaginación no sea capaz de abrigar grandes ideas, ni su corazón de latir con emociones tiernas y positivas, no; lo que nosotros decimos, lo que nosotros creemos es que, en el fondo, en la esencia de las acciones de la mujer hay algo que no ha nacido con ella, que lo ha estudiado, aunque quizá no lo ha comprendido.

Llegará un dia, anunciado ya por algunos profundos pensadores, en que la mujer será lo que debe ser, la estrella misteriosa que alumbra los destinos del hombre, que le inspira los más elevados pensamientos, las más sublimes concepciones: un dia en que, desvanecidos los errores que son hoy el origen de tantas dudas, empiece ese imperio santo de la verdad y del espíritu, que será para el alma el anuncio secreto, el presentimiento lejano de esa otra vida de amor y de esperanza, cantada por todos los poetas desde Moisés hasta Zorrilla, desde Homero hasta Lamartine.

Entonces, y sólo entonces, habrá realizado por completo la mujer su misión civilizadora, que es llevar la paz y el consuelo á los oprimidos y á los tristes; unir con lazos indisolubles todo lo que es hoy efímero y deleznable, y restaurar, de acuerdo con el hombre, el encantado alcázar de la esperanza, que el materialismo va desplomando poco á poco, y sin el cual la existencia acabará por ser un trabajo fatigado y estéril.

Nosotros saludaremos con placer la aurora de ese dia; nosotros, que hemos rendido siempre un culto apasionado á la mujer, que es á nuestros ojos la piedra angular de la humanidad; á ese sér á quien invocamos en nuestros sueños, á quien divinizamos en nuestros delirios, á quien acudimos en nuestras aflicciones.

Sér que no se comprende y se adora; que no se oculta y se admira; sér á quien respetan todos, pero á quien calumnian los más.

M. del Palacio.

# EL MUEBLE.

SU DESTINO.

Desde el momento en que el arte penetra en la construcción de un objeto cualquiera, debe atenderse al fin propuesto como medio para la producción de adornos combinados de manera á propósito para reproducir la idea sentida. Como todo objeto artístico, no perteneciendo á las bellas artes en su genuina expresión, entra bajo la denominación de artes suntuarias, y éstas se comprenden en el traje y en el mueble; de aquí dos medios que las formas reales permiten para traducir las ideas de decencia y abrigo para el cuerpo humano, cuyo objeto llena el primero, y la custodia de intereses materiales y prestigio de los morales, cuyo fin es el segundo.

La idea á la cual debe responder la construcción de un mueble, es pues importante, y aunque parezca determinada por la anterior enunciación, está lejos de ser así al entrarse en el examen minucioso. El carácter de toda obra artística es uno de los elementos más indispensables, es quien le separa de las demás obras del mismo género, dándole el sello propio que le distingue. El mueble bajo su separación técnica, puede servir de reclinación al cuerpo humano, ó bien de custodia de toda clase de objetos valorados; en estas dos denominaciones están comprendidos los muebles todos. Desde estas dos divisiones puede pasarse fácilmente al sinnúmero de clases de muebles cuyas especies tienen luego diferencias grandes; pero como no por ser variables las formas dejan de tener su enlace y punto de contacto, éstos deben examinarse para estudiar de un modo genérico el mueble como elemento artístico.

Desde el momento en que se pretenda construir un mueble, varias ideas se presentan para darle carácter, y de él deducir la forma y exornación. El destino al cual debe responder, es la base primordial que liga hasta cierto punto la imaginación del artista, pues entra la resistencia como parte integrante en grado sumo. Si el mueble debe guardar caudales, objetos valiosos, su forma ha de presentar desde luego la idea de solidez absoluta, separando por completo aquellos objetos del exterior por paredes sólidas y cerraduras seguras: si debe resistir pesos grandes, como muebles para descanso del cuerpo, peanas para sostener otros muebles, la forma ha de ser tanto más sólida cuanto más cerca esté de la base; pero ésto manifestado francamente, sin adornos falsos ni ilusiones engañosas que separan la idea del fin propuesto, perdiendo el carácter. Para los muebles de adorno sólo, y cuyo fin es aparentemente ostentar objetos, la ligereza y gracia de las líneas, su fácil acceso desde el exterior, podrán darle el carácter completo que le hace falta.

Una vez concebida perfectamente la idea que debe llenar el mueble, entra por mucho en su buena elección, para su proyecto, el conocer el sitio donde debe colocarse. La grandiosidad del local, la altura de los techos, el fondo de la pared, el resto del mueblaje, influyen en las dimensiones totales, en el adorno ó policromia usada, así como en las líneas generales que presiden su formación. Sería ridículo un mueble lujoso en una habitación decorada con sencillez, así como grande en espacio reducido, que no permitiera apreciar bien el efecto general de las líneas. Influye en gran manera este concepto, pues si debe mirarse de cerca por la pequeñez del local, los detalles han de ser más minuciosos y pulcros; mientras si la distancia permite observar el mueble, de un golpe de vista, las líneas generales deben dominar, destacándose bien por los detalles sobrios y vigorosos el contorno completo de la obra.

Otra condición importante: una vez conocido su uso y el emplazamiento á la cual debe atenderse, es la persona que debe usarlo, no tan sólo por la gerarquía social cuyo prestigio debe manifestarse en la decoración del mueble, como la edad y situación del momento en que se construye. Fácilmente se comprende la diferencia en el modo de combinar los adornos de una arquilla de novia, ó bien una arquimesa para guardar papeles. La primera debe ser elegancia suma, manifestar las combinaciones, ideas plácidas, atractivas, y profusión hasta en los detalles, mientras la segunda tendrá carácter presidiendo la severidad. En estos dos mismos muebles, y en valor igual si se quiere, debe diferenciarse el trabajo al destinarse á una opulenta familia, cuya vida le obliga á vivir en el gran mundo, ó bien otra familia igualmente rica, pero cuya vida es más familiar. Las decoraciones de los muebles, para estar en carácter, han de reflejar esta suntuosidad y sencillez relativas, traduciendo por sus formas y adornos el destino que se da á los muebles bajo las necesidades respectivas que han hecho indispensable su uso.

Los materiales empleados en la construcción de los muebles tienen gran importancia para darles carácter; la riqueza del material, su color, el grado de pulimento susceptible de tomar, logran imprimir, además de las formas, un carácter completo. Entre la severidad del ébano, negro y triste, hasta las maderas de tonos pálidos, palo rosa, por ejemplo, entra una gradación á propósito para objetos tan distintos, como necesidades pueda haber.

Fácil parece á primera vista amueblar una habitación; basta encargar á un tapicero por un precio cualquiera los muebles; pero una vez concluidos nada nos dice sean aquellos apropiados para el local. Desde luego es necesario comprender, al elegir los modelos, si responden á las exigencias de la persona que los encarga, por su estilo, carácter y condiciones de comodidad, y una vez ésto lleno, entra para el buen efecto la disposición de los mismos muebles en el local que deben ocupar. Con frecuencia vénse salones á los cuales cabríales mejor la denominación de almacenes, tal es la profusión y desorden con que se hallan dispuestos los muebles; no es la abundancia la que da valor, es el gusto en la colocación estando cada objeto en un sitio á propósito, llenando un fin necesario, fin que se comprende en seguida por la forma y colocación del mueble.

Y nótase el gusto en la colocación por la armonía general de los tonos empleados en el decorado de las paredes y en el colorido de los muebles, formándose así dentro de la variedad de cada forma y disposición, un conjunto artístico que puede ser elegante, tanto dentro de la sencillez suma como en la espléndida riqueza. No depende nunca la elegancia de la profusión de adornos; ésto lleva con frecuencia á la ridiculez, mientras la sencillez suma puede afectar miseria si no está dentro del carácter del local decorado. El efecto artístico depende de la buena combinación de los objetos según los casos, dominando la idea de la posición social en el orden y calidad de los muebles, y completándose de un modo perfecto el carácter al enlazar armónicamente tanto objeto diverso, y que no obstante concurren todos al fin de proporcionar comodidades al cuerpo humano, dándole el prestigio social que le corresponde. Teniendo en cuenta estos fines se logrará la belleza y la elegancia dentro de los múltiples límites que la sociedad marca para todos los estados y situaciones.

Federico Cajal.

# LUISA.

Á mi muy querido primo el Lic. Eduardo Ramírez y Adame.

Colocaste en tu mesa su retrato,
Y volviéndote á mí, dijiste: «¡es bella!
¡Qué gracia! ¡qué ternura! ¡qué recato!
¡Todo mi corazón late por ella!»

Y has dicho la verdad: cuando aparece
En nuestra senda la mujer querida,
Ella lo absorbe todo, y nos parece
Para tan grande amor corta la vida.

El amor, como el sol, quema y colora
Cuanto envuelve en la red de sus fulgores,
Y para tí amanece, ¡es una aurora
Rica en alondras y opulenta en flores!

Es un iris brillante tu diadema,
Un cielo azul tu trono y tu tesoro,
Y allí el supremo amor alumbra y quema
Con caricias de luz en ascuas de oro.

¿Quién los ensueños de tu mente alcanza
A detener en su atrevido vuelo?
Tú y ella en el altar de la esperanza
En alas de la fe tocan el cielo.

Ama, sueña, delira.... cifra en ella
Tu fe más dulce y tu anhelar profundo;
Para tí es flor, celaje, cielo, estrella....
Lo más hermoso que te ofrece el mundo.

Ama y sueña en nevados azahares,
Y ellos te den la mágica ventura
Que siempre has visto en tus paternos lares
Y en la santa amistad sincera y pura.

México, 1887. Juan de D. Peza.

# Á MIS HERMANOS.

Que no existe la calma verdadera
Y que sólo es verdad el sufrimiento,
Que es la ventura la mayor quimera,
Que como el humo la deshace el viento,

Exclaman los que yendo por la vida,
De la familia sin los tiernos lazos,
No tienen una madre bendecida
Que los arrulle entre sus dulces brazos.

¡Miserables que marchan por el mundo
Con sueños mil que el corazón no alcanza,
Los huérfanos que sienten el profundo
Cruento dolor que mata la esperanza!

Pero los que tenemos el consuelo
De un hogar y una madre, y goces tantos,
Debemos sonreir, porque es un cielo
El hogar con sus plácidos encantos.

¿Qué delicia mayor que el casto beso
De los ardientes labios de una madre?
¿Ni qué placer mayor ni qué embeleso
Que los consejos del anciano padre?

Es la felicidad sueño que pasa,
Si rotos ya los paternales lazos
El alma enferma en su dolor se abrasa,
Y muere el corazón hecho pedazos!

Nada importan los triunfos del talento,
Las pasajeras glorias de la tierra
Nada valen tampoco, si el tormento
De la orfandad al desgraciado aterra!

Los que hemos pronunciado la palabra
De *madre*, y recibido los prolijos
Cuidados de ese sér, que sólo labra
La soñada ventura de sus hijos;

De la madre en los férvidos excesos,
Los que hayamos sentido desde niños
En la cuna, su llanto con sus besos,
Y en la existencia toda, sus cariños!

Los que al sentir el corazón llagado
En la fogosa edad de las pasiones,
El contento y la calma hemos hallado
En sus dulces y santas bendiciones;

Los que sabiendo que ella simboliza
La ternura de Dios aquí en el suelo,
Hemos visto á la par de su sonrisa,
En sus labios palabras de consuelo,

Debemos sonreir! somos dichosos
Sin la orfandad que la desgracia encierra:
¡Los padres son la dicha, y venturosos
Los que tenemos padres en la tierra!

Oaxaca, Junio de 1886. Miguel Bolaños Cacho.

# AURORA

## POEMA POR ERNESTO GONZÁLEZ.

*Continuación.*

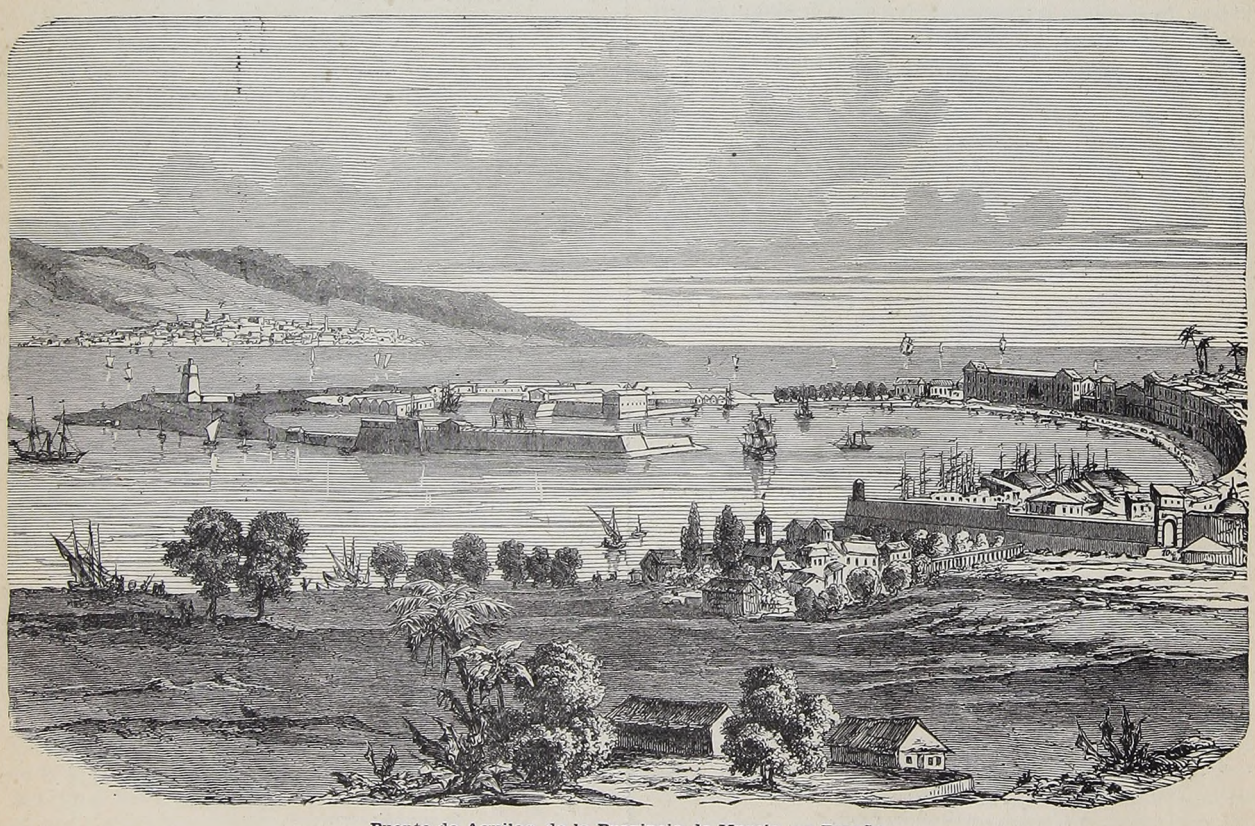
### IV

¿No habeis esos arbustos contemplado
Guardados en caliente invernadero,
Que nunca fruto han dado
Y que siempre han llevado
Un existir de penas verdadero?...
¿No visteis allí flores
Sin perfume, sin vida, ni colores,
Pálidas, enfermizas,
Y de un injusto encierro á los rigores,
Trasformarse, precoces, en cenizas?
Pues bien, así á Aurora,
Que seis años contaba,
El paternal cariño la ahogaba,
Bella, lánguida, triste y seductora,
El mismo amor de Alberto la asfixiaba;
Y digo solamente de su padre,
Porque la pobre madre,
Súplicas, ruegos, lágrimas ardientes,
Todo empleaba en vano,
Al conocer que aquel cariño insano
De la vida secaba ricas fuentes;
Y al ver en las miradas inocentes
De aquel endeble lirio
Marchitos el placer y la alegría,
La amante esposa en su dolor ceñía
Una doble corona de martirio.

### V

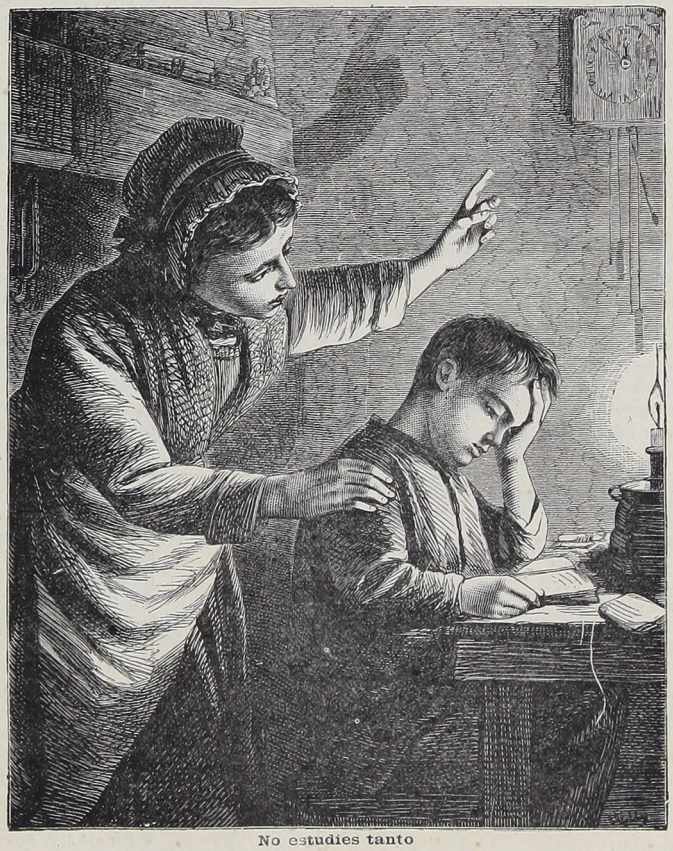
Y éste creció cuando un doctor anciano,
Al mal que hacía ajeno,
De su opinión ufano,
Y con esa frialdad de un buen Galeno

Cariñosa familia alada



Puente de Aguilas, de la Provincia de Murcia, en España

Pescadores infantiles



No estudies tanto

Que cree tener las vidas en la mano,
Le dijo cierto día
A solas á María:
«Señora, os aseguro
Que la falta de un aire fresco y puro,
A complexión tan enfermiza unida,
Como es la de esa niña, y delicada,
Puede cortar en hora inesperada
El hilo de su vida.
Débil, el pecho casi no funciona;
Y permitid que os diga
Que tanta languidez, tanta fatiga
La ausencia de aires libres ocasiona.»
«Y qué, ¿calificais su mal de grave?»
—Dijo María pálida y temblando—
Y el doctor respondióle vacilando:
«No lo es.... precisamente.... mas.... ¡quién sabe!...
La enfermedad acaso irá avanzando....
Viciado el organismo, ya no cede.
Pero no esteis llorando:
Recordad que el Señor todo lo puede....
Lo que os digo en verdad no es culpa mía.
Crimen callar sería....
Perdonad que reserva ya no guarde....»
Y al salir se decía
El buen doctor: «¡Pues me han llamado tarde!
Amar así á los niños no es quererlos,
Es, por amor, matarlos y perderlos!...»

VI

Y partiendo el doctor, se repetía
Aquella triste madre sollozando:
«Ese hombre mi deber me está enseñando,
Crimen callar sería!»

VII

Una noche en que Aurora dormitaba,
Y á la vez con fatiga respiraba,
Serena, y más hermosa,
Así al esposo díjole la esposa:
ELLA.— «¿No oiste acaso, Alberto,
No sabes, vida mía,
Lo que con labio pálido é incierto
Nuestra hija esta noche me decía?»
ÉL.— «No lo sé, mi María.»
ELLA.— «Cuando en su blanco lecho,
Las manos azuladas sobre el pecho,
Y postrada de hinojos
Ante aquel crucifijo,
Levantaba hacia él los tristes ojos,
Sus plegarias empieza. . . . .
Mas se interrumpe, y con candor me dijo:
«Madre ¿por qué mi padre nunca reza? . . . .»
«La oración—yo le dije—no se trunca;
Prosíguela, hija mía.»
Pero ella, sin oirme, repetía:
«¿Por qué no reza nunca? . . . .»
ÉL.— «¡Ay! ¿eso te decía?»
ELLA.— «Sí, bien mio, y escúchame un momento
Con tu constante amor y dulce calma;
Esto no es un lamento,
Es un grito del alma
Que me arranca el callar del sufrimiento.»
ÉL.— «¡Sufrir tú, amada esposa!
¡Sufrir tú, tierna madre de mi Aurora!»
ELLA.— «Voy á romper la nube tenebrosa
Que te envuelve traidora,
Y á descorrer cortina misteriosa.»
«¿Cuando en remotos climas tú viviste,
Alguna vez no viste
En Londres. . . ó Madrid. . . un bello prado
Que magníficas rosas ostentaba,
Recreándo á los cielos, perfumado? . . . .»
«¿No viste al otro dia tristemente
Desparecer esas fragantes flores
Bajo manto de nieve persistente,
Y en vez de aromas, galas y colores,
Honda desolación y helado ambiente? . . . .»
«¿Y las rosas buscabas
Por ellas suspirando,
Y tan sólo encontrabas
Pálida nieve que te estaba helando? . . . .»
«¿Y entonces no pensabas,
Ardiente en tu deseo:
«Aquí está su cadáver ya sepulto,
Aquí un germen de vida se halla oculto,
Por qué ayer las miré y hoy no las veo? . . .»
«Pues es como la nieve
La helada indiferencia,
Porque al alma cayendo, cubre aleve
La flor de la creëncia;»
«Porque apaga la voz de la conciencia,
Y cual el hielo, con su falso brillo
Deslumbra á la vivaz inteligencia,
Roba el perfume al corazón sencillo,
Y en su yerta apariencia,
Que inerte se mantiene,
Refleja bellas luces que no tiene,
Y sí abandono y luto en su indolencia.»
«Óyeme aún. Así que contemplaste
Muertas las rosas bajo helado manto,
Tal vez te preguntaste
(Quién sabe si vertiendo amargo llanto):
¿Será el vigor de estos rosales tanto
Que cuando vuelva la estación florida,
Llenos de nueva vida
Abrirán nuevas flores con encanto?»
«Será tan poderoso
El astro esplendoroso
Que tanta nieve derretir consiga,
Y el tronco que se hunde en tierra amiga
Conservará su savia vigoroso?»
«Y dudabas. . . . dudabas de la ayuda
Que pudiera prestarles el sol mismo.
¡Oh cadena horrorosa del abismo!
Tras de la indiferencia está la duda,
La negación después. . . . y el ateismo!!»

. . . . . .

«También á mí tu helada indiferencia,
Esta tu *indiferencia religiosa*,
Me ha cubierto de nieve en su indolencia,
Me hace llorar, doliente, congojosa.
Brotó una fresca rosa
Que yo, como el rosal, te presentaba,
Y la duda alevosa,
Consecuencia forzosa
Del que olvida á su Dios, me la mataba.»
«Y sin pensar acaso, delirante,
Que hay un Sér que protege á su criatura,
La privaste del aura libre y pura,
Del sol bello y radiante,
Del aire de los campos embriagante;
Todo de tu cariño lo esperabas
Y de la ciencia humana y engañosa,
Y tan sólo lograbas
Convertir en cadáver esa rosa! . . . .»
«Al fin languidecer la viste un día:
Su enfermedad crecía,
Y temiste, luchando entre zozobras,
Que mi Aurora muriera,
¡Como si nuestro Dios se complaciera
En destruïr sus más hermosas obras! . . . .»
«Mas quien todo lo espera
Del hombre vil, y de su Dios se olvida;
Quien sólo á la criatura ama y venera
Negando adoración á Él debida;
Quien nada encuentra lejos de este mundo
Y su fe basa en el poder humano;
Quien, con afán profundo
Imagínase insano
Que en la triste existencia
Todo lo puede el hombre con la ciencia
Y con la pobre ilustración humana;»
«En hora harto temprana
Verá á su hija, que espirando un día,
Yerta, sintiendo de la muerte el frío,
Y con la lividez de la agonía,
Nos dirá con acento ya sombrío:
«¿Por qué él no reza nunca, madre mía? . . . .»
«¿En dónde está tu ciencia, padre mío? . . . .»

«Y ayer, óyelo bien, esa *gran ciencia*,
Helada, aterradora,
Me ha dicho en su impotencia
Que se nos muere sin remedio Aurora. . . . .»
«Y pues hija la duda matadora
De una larga y atroz indiferencia,
La duda que nególe el aura pura
En breve le abrirá la sepultura. . . . .
Cúbrete Alberto de tristeza y luto,
Y mira aquí de indiferencia el fruto !!!»

México, 1887. *Continuará.*

# REVISTA DE MODAS.

El año ha comenzado espléndido y divertido para la alta sociedad madrileña. Bailes, bodas, comidas de ceremonia y animación de primer orden en nuestro Teatro Real, son motivo y ocasión de lucir las señoras magníficos atavíos, y sabido es que la vanidad femenina no necesita muchos esfuerzos para demostrarse en toda la brillantez que sirve de pedestal á sus glorias, efímeras, pero fascinadoras. La circunstancia de caer en este año muy temprano el carnaval, contribuye á la animación de los salones, y en París son ya infinitas las casas donde se organizan bailes *Travesti* ó bailes de máscara, porque en la capital de la vecina República dan á estos bailes gran importancia, por lo mismo que cortan la monotonía ordinaria en el vestir. Carácter un tanto frívolo el de nuestros vecinos, aviénese perfectamente á la novedad del disfraz, y obligados además á sostener un comercio y una industria que quiere imponerse á las demás capitales, necesita vivir de nuevas creaciones todos los dias, y los disfraces son un arsenal productivo. Por eso allí, en cualquiera época del año organizan un baile de época determinada, donde todos los concurrentes se presentan vestidos de cortesanos de Francisco I ó de caballeros del tiempo de Luis XV; nuestro carácter serio se aviene mal con estas trasformaciones, y sólo en carnaval se permiten algunos bailes de trajes, donde reina libertad de elección, dando mayor animación y aparato al baile. Todavía para ellos tendré tiempo de señalar atavíos graciosos, y entretanto atenderé á la necesidad más urgente de trajes de salón.

Para éstos, los bordados figuran en primer término, y es raro el vestido de alguna pretensión que no lleva una quilla, un delantal, una primera falda, encajes ó cenefas con bordados de seda, oro y cristal; anúncianse también como creación maravillosa para los trajes de baile, las flores del *Edén celeste*, objeto caro, y por lo mismo muy estimado: son flores sueltas de gasa arrasada y tejida con oro, plata y metales en los tonos mismos de las gasas, á las que da un aspecto fantástico; así, pues, una guirnalda de campanillas azules tendrá hilos de metal azul, dando á la flor reflejos *féeriques*, que dicen los franceses; las encarnadas parecerán talladas en rubí, y una guirnalda de cualquiera de estas flores sobre un traje de gasa será lo más bello que puede inventarse en vestido de baile. Para ellos, los paniers Luis XV recobran todo el favor perdido, paniers pequeños coquetones que se completan con un pouf graciosamente drapeado ó con una cola cuadrada y plegada en dos telas, si el traje es para señora que no baila; estas colas de dos telas son otra elegante novedad de este invierno, y contribuye grandemente á realzar los trajes. Tengo noticia de un vestido de faya y terciopelo heliotropo, hecho para una boda, con cola cuadrada, reducida de arriba á la anchura del pouf, y compuesta de ancha tabla de terciopelo, dos pliegues á cada lado, de falla, y otro de terciopelo al borde, prestándose esta combinación á telas tan contrarias como raso maiz y peluche mordoré, faya rosa y terciopelo granate, y celeste con peluche verde mirto; la falda suele bordarse de seda y cristal azul, rubí ó ámbar, según armoniza con el color del traje, y el cuerpo, escotado, se hace en terciopelo con solapas, berta, plastón ú hombreras de faya bordada.

La amplitud de las faldas continúa siendo la misma, desde un metro 80 á dos metros, sobre cuyo vuelo se monta la falda plegada, dejando independiente la cola si la lleva, y siguen haciéndose provistas de los aceros interiores, que han venido á ser la tabla de salvación para las modistas. Antes se desesperaban al ver que un traje que ellas inventaban voluminoso, se deslucía con un polizón pequeño ó ya chafado, y otras veces un vestido escaso se estiraba ridículamente sobre unos aceros *inflexibles;* hoy cada modista pone los aceros de la medida que la hechura del vestido exige, y la señora no tiene más que ponerse el traje sin pensar en la ridícula adición posterior. No hay que decir que los mismos de calle, por modestos que sean, llevan ya su complemento de aceros bien distribuidos.

No terminaré esta reseña sin ocuparme de los peinados, detalle de gran importancia en la época de los salones, y aunque en nuestro país necesitamos pocas lecciones en materia de peinados, porque es proverbial para ellos la gracia española, deber mio es tener á mis lectoras al corriente de este ramo de la moda francesa. Allí, como aquí, van prescindiendo de la uniformidad del peinado, y mientras unas se presentan con el peinado *Lamballe*, que son los cabellos hacia arriba, descubriendo la frente y las sienes con rizos flotantes por detrás, otras prefieren el tocado *Ninon*, muy rizado sobre la frente y elevado de atrás; muchas jovencitas se peinan á lo *Fontange*, con dos hileras de pequeños bucles atravesados por una cinta que se anuda á un lado del pelo de atrás, prendido muy alto, y el peinado *Agnés*, que sólo sienta bien á las frentes espaciosas, compónese de dos bandós ondulados, cortos y muy huecos, atravesados por diadema de brillantes ó rubíes, y recogidos por detrás los cabellos altos con algún bucle medio deshecho por la espalda. En suma, los peinados como los sombreros, presentan encantadora variedad que permite á cada señora consultar su rostro y elegir lo que más le favorezca.

Madrid, 18 de Enero de 1887. Joaquina Balmaseda.

# VICTORINA Ó HEROÍSMO DEL CORAZÓN.

NOVELA ORIGINAL

de Concepción Gimeno de Flaquer

*Continuación.*

## III

Ya eran las doce y media cuando los dos amigos, después de haber almorzado, fumaban un puro habano de exquisito aroma.

—Tuviste alguna emoción en el concierto?—preguntaba el poeta al vizconde.

—No: mi corazón estuvo embargado de felicidad con tus glorias, y permaneció sordo á todo lo demás.

—Eres muy buen amigo.

—Es que mi amor propio estaba empeñado en que deslumbraras, pues habia hablado de tí repetidas veces, colocándote á una altura inconcebible.

—Repito lo mismo; tu amistad es muy fiel y desinteresada.

—Tal cual debe ser.

—Pero no es lo general encontrarle así. En nuestra moderna sociedad se adultera esa santa palabra, insuficiente para definir un sentimiento tan puro y noble. Lo que la sociedad ha dado en llamar amistad, es una moneda falsa que todos reciben fingiendo les parece de oro, y haciendo el pacto tácito de darle libre curso. ¡Todos los sentimientos son profanados!

El amor, el más sublime de todos los sentimientos, es pospuesto á pasiones mezquinas, que toman por disfraz un ropaje encantador.

—¡Oh! por eso no creo yo en el amor de las mujeres.

—Te engañas, amigo mio; para la mujer, la vida es el amor; la que no ama es porque no ha encontrado un hombre que haya tenido el tino suficiente para hacer vibrar en su corazón las cuerdas del sentimiento sin romperlas. El corazón de la mujer es un instrumento que sólo debe tocar el artista inteligente y delicado; una mano ruda se expone á destemplarlo, produciendo la más horrible desafinación.

—Yo las creo más amantes de las galas que del amor.

—No seas injusto, amigo Alberto; es verdad que existen mujeres frívolas y ligeras que consagran su vida al tocador y sólo son accesibles á la vanidad, mas éstas son raras excepciones que confirman la regla general.

La mujer está dotada de una sensibilidad más exquisita que nosotros; en su corazón se entronizan los más elevados afectos, y nadie como ella está siempre dispuesta al sacrificio y la abnegación

—¡Oh! eres un gran paladín del bello sexo.

—Soy justo, soy imparcial.

—Yo nunca he encontrado la mujer que tú me pintas.

—Eso consiste en que no la has sabido buscar donde se halla.

—Después de todo, el amor es un entretenimiento muy divertido que nos libra del hastío, de ese constante compañero de los que no tienen grandes cargos que desempeñar.

—Comprendo perfectamente el que no hayas encontrado más que coquetas en la senda de tu vida. ¡No merece otra cosa quien llama entretenimiento al amor!

El amor es el sol que fecundiza nuestra alma, la savia que alimenta nuestra existencia y el ángel de sonrosadas alas que se cierne sobre nuestros pensamientos inspirándonos las más bellas acciones.

Dice *Lacordaire:* Desde Dios al hombre, desde la tierra al cielo, sólo el amor lo une y llena todo. Está en el principio, el medio y el fin de todas las cosas. Quien ama, conoce; quien ama, vive; quien ama, se sacrifica; quien ama, es feliz, y una gota de amor puesta en la balanza con todo el universo, se lo llevaría consigo del mismo modo que arrastraría el huracán á una arista de paja.

**Sustos de Carnaval**

—No niego las bellezas de esa vida del espíritu que tanto conoces, querido poeta; mas debo decirte que á fuerza de desengaños me han hecho escéptico en amor.

—¡Oh, no por Dios, no lo seas! De ésto al ateismo no hay más que un paso.

Ya habían concluido de almorzar; el vizconde con su proverbial ligereza hizo punto final á la discusión y se preparó para marchar.

—Me esperan y siento irme sin que hayas conseguido mi conversión, amigo Mario.

—No te apesadumbre ésto: yo te haré creyente sin que te des cuenta de ello.

—¿Con que esta noche al Príncipe?

—Sí, allí nos reuniremos.

El vizconde desapareció, y Mario se fué á visitar á uno de los directores de la prensa periodística. Arregló algunos asuntos de redacción, comió con él y á la hora conveniente marchó á pasar la velada al teatro del Príncipe, sito en la plazuela de Santa Ana.

El primer acto acababa de terminar; cinco minutos hacía que Mario se hallaba arrellanado en una butaca cuando el vizconde cambió la suya con un amigo que la tenía en la fila del poeta.

—¿Cómo has arreglado tus asuntos literarios?

—Satisfactoriamente; mañana empiezo á trabajar y á ser menos libre. Estoy encargado de la segunda plana de un periódico político y de la sección de variedades de otro científico.

—Entonces ya no puedo contar contigo.

—Sí, las veladas me pertenecen. ¡Si vieras cuánto me contraría escribir en un periódico político! Empieza por saber que no tengo opinión alguna y que nunca he pensado medrar introduciéndome en ese antro inmundo donde se desarrolla la ambición, la envidia y otras malas pasiones. Yo no puedo pisar las ardientes arenas del campo de la política sin sentirme ahogado por una atmósfera cargada de fétidos miasmas. Si mi posición fuera mejor no hubiera aceptado ese sueldo por el cual estoy obligado á atacar, aunque anónimamente, á los hombres del poder por la sola circunstancia de estar encumbrados. Entre estos hombres, que no conozco, es posible se encuentren probos, pundonorosos y honrados ciudadanos, á los cuales me será muy sensible zaherir. Además, el trabajo es árido para quien es poeta de corazón; yo necesito hacer vagar mi fantasía por el florido vergel literario, sin trabas, sin barrera alguna, elogiando la virtud, anatematizando el vicio ó haciendo brillar los nacarados pensamientos hijos de la inspiración que el cielo me concedió. La política es el cáncer que pudre y corrompe la inteligencia.

—Amigo Mario, es preciso en la vida aceptar muchas situaciones antitéticas á nuestras ideas, por ser la necesidad más fuerte que todo.

—Sin embargo, áun á riesgo de comprometerme, te prometo no transigir jamás con lo injusto, lo ruin y lo pequeño.

—Tienes un alma muy elevada.

—Es que todavía no la ha manchado la innoble ambición con su asquerosa baba. Yo quiero adquirir una posición sin deberlo á la intriga, quiero deberla á mí únicamente; lo que se adquiere por medios lícitos es legítimo, y se disfruta con entera satisfacción.

—Así debiera pensar todo el mundo, y la cosa andaría mejor.

—Pero dejémonos de estos comentarios para ocuparnos de asuntos ajenos á cuestiones tan debatidas.

—¿Has hecho muchas visitas?

—Sí, algunas.

—¿A quién?

—He visitado al director de la Academia de Nobles Artes, á un diputado paisano mio, al cual llevé un recuerdo de su familia, y á varios redactores y colegas. A propósito: tú que conoces á casi todo Madrid, me dirás quién son los señores que me ha encargado visitar el duque del Amaranto.

—¿Viste al duque?

—Sí, me recibe siempre con mucho cariño, y se ha declarado mi Mecenas.

—¿Dónde se halla ahora?

—Cuando dejé mi país partía para Escocia.

—¡Oh, el duque es muy aficionado á viajar!

—¡Desgraciado! sus millones no le pueden curar esa terrible enfermedad llamada hastío.

—¿Y á quién te ha encargado visitar?

—Hé aquí las cartas que me ha dado: en los sobres podrás ver á quién van dirigidas y me orientarás sobre este particular.

Mario abrió una pequeña carterita de piel de Rusia, y el vizconde empezó á leer: «Señor D. Bartolomé Punzano, calle del Barquillo» Sí, sí, le conozco; es uno de los más fuertes capitalistas de Madrid. «Sr. D. Ivo Ramírez;» también le conozco, es un agregado á la Embajada inglesa. «Señor conde del Romero;» á éste no le trato, pero he oido hablar mucho de él. «Sr. D. Genaro Morey.» ¡Oh, éste es un caballero muy ilustrado! Es un señor propietario de Valencia que ha sido juez y presidente de Sala. Tiene un trato encantador. Recibe de toda confianza los martes y sábados. Su hija Victorina, joven de veinte años, hace los honores de la casa con bastante distinción.

*(Continuará.)*


## OBRAS EN VENTA DE CONCEPCION GIMENO DE FLAQUER.

**MADRES DE HOMBRES CELEBRES.**—Tercera edición. Un elegante volumen con 8 láminas....$ 1 50

**SUPLICIO DE UNA COQUETA.**—Un volumen lujosamente impreso de más de 300 páginas.....$ 1 00

Se venden en la Administración de este periódico. A los agentes, desde diez ejemplares, se hace el descuento de 25 por 100.


Registrado como artículo de segunda clase.